

traslapes, ubicuidad, globalidad, mosaico, promiscuidad disciplinaria, transdisciplina, intersecciones, nomadismo, transitoriedad, fluidez? Ninguno, pues. De ahí, probablemente, la perplejidad de nuestro autor con esa añeja discusión limitánea de algunos y fronteriza de otros de hace tres largas décadas. La vida es un soplo, qué duda cabe, pero 30 años es mucho.

3) En lo que sí estamos de acuerdo, es en que es necesario traer de vuelta las temáticas de la sociedad a la arqueología (si es que alguna vez se fueron o si es que alguna vez estuvieron allí). Presumo que esta concordancia con Ballester obedece a que, a pesar del tiempo transcurrido, “nada es igual, pero todo es lo mismo”. Con esto quiero decir que a pesar de los cambios referidos en los párrafos anteriores, muchos de nosotros seguimos pensando tal como se pensaba hace una generación: que la arqueología que uno practica sí que es arqueología social y que la del otro no. Es imperativo, por lo tanto, ponernos de acuerdo en cuáles son los criterios de valoración al respecto, para así colocar a dialogar diferentes opciones, formatos o enfoques, porque ahora, en esta nueva modernidad, menos que nunca podríamos concebir una sola y única arqueología social. Por eso me interpretan las propuestas tanto de nuestro ensayista como de nuestro Premio Nacional de Historia 2002, de que ojalá crezcan todas las flores (es la “arqueología total” de la que hablé en mi réplica de 1986). Pero sin relativismos, como se acuerda de recalcar Benjamín Ballester, porque la bien elegida palabra “posibles” en la frase de Lautaro Núñez, significa, a mi entender, que todas las flores tienen derecho a existir —que al revés de esa otra canción de Jorge González, en este jardín incluyente no sobra ninguna— pero no todas pesan lo mismo. Hay flores que son mejores que otras. Es que algo de lo bueno de lo sólido de otras épocas tenemos que rescatar; no todo va a ser licuefacción. Es más, ojo con tantos cambios en el estado de agregación de las moléculas de la disciplina: no vaya a ser que en 30 años más, cuando alguien comente el artículo del para entonces sexagenario colega Ballester, descubra que en el siguiente cambio de estado de la materia la arqueología se volvió gaseosa...

Agradecimientos. Agradezco al Editor por su invitación a este debate y a mis colegas Iván Cáceres y Gonzalo Ampuero por sus atinados comentarios. Sobre todo, agradezco a Benjamín Ballester por haberme hecho mirar tan hacia atrás en mi propio pasado reciente y a la vez tan hacia delante en este presente. A raíz de sus preguntas, tuve que preguntarme a mí mismo por qué escribí ese artículo, reparando en que lo hice no solo para explorar otros ámbitos de acción de la arqueología, otros campos ocupacionales para los arqueólogos, sino también para defender la misma idea de nuestra disciplina con que hoy, tres décadas después, la nueva exposición permanente del Museo de Arqueología Nacional de Madrid recibe a sus visitantes: “La arqueología: una ciencia para conocernos”. Y eso que la muestra se extiende desde los primeros homínidos en África hasta los últimos años del franquismo.

Comentando a Benjamin Ballester

Mario A. Rivera¹⁵

He leído con mucho interés el ensayo de Benjamín Ballester (Ballester 2016) y a través de la lectura de sus conclusiones me confirman una serie de situaciones que caracterizaron el ambiente

15 PhD. Field Museum of Natural History, Chicago.

de la década de los 80. Los editores del Boletín me han pedido que comente el ensayo de Ballester y al aceptarlo debo advertir que a continuación entrego un ensayo muy especial. Corresponde este a la visión de alguien que precisamente a comienzos de la década de los 80 fue excluido del sistema, por defender los postulados más auténticos de la profesión en tiempos dictatoriales lo que me valió la exoneración. Resultado de esta situación fue la incompreensión de la colegiatura en época en que cada cual se parapetaba para no ser “tocado”. Más de dos años en esta situación y denunciado a las “autoridades militares” y Dirección de Inteligencia Militar (DINA) como intelectual de izquierda peligroso, tuvimos que emigrar a Estados Unidos donde, en la Universidad de Chicago, nos ofrecieron apoyo, trabajo y más tarde la ciudadanía, tratamiento que no tuvimos en nuestro propio país. Hago este paréntesis porque fue el trasfondo de mi inhabilidad para asistir a las Jornadas de Arqueología y Ciencia convocada por alumnos de Arqueología y Sociedad Chilena de Arqueología en 1983, Museo Nacional Historia Natural, evento al que también hace referencia Ballester.

El comentario que ofrezco como respuesta a la solicitud del director del Boletín, toma como base mi anterior artículo (Rivera 1987b) pues considero que la situación en Chile, respecto de la Arqueología como profesión, no ha cambiado sustancialmente.

La historia nos indica que se han ido conformando grupos de poder que orientan, si es que hay tal tipo de orientación, la investigación arqueológica, a través del acceso a los recursos financieros (Fondecyt) y las autorizaciones correspondientes (Consejo Monumentos Nacionales). Otra influencia tiene que ver con el otorgamiento de los premios, incluso en casos como la designación de los Premios Nacionales. Situación como la que menciono y que está reflejada entre líneas en el ensayo que comento, se gestó y solo fue posible en tiempos de la dictadura que fomentó el típico acomodo en desmedro del compañero, por lograr cierto grado de seguridad, necesaria para la época. Sobre esto y aunque con otras palabras nos habla Ballester en su ensayo. A más de 50 años de recorrido de la arqueología como profesión, creo más importante dedicar mis comentarios más bien hacia donde apunta o debiera apuntar la arqueología chilena en vista del quehacer nacional y a tono con el desarrollo en términos más amplios y responsables.

Así, los tres temas que Ballester discute en su artículo, 1) la ausencia de contenido social en los actuales proyectos de arqueología chilena, 2) la necesidad de romper las barreras de especializaciones estrechas autoimpuestas para dar paso a objetivos más amplios que hagan posible un acercamiento más científico para estudiar la realidad de la sociedad y 3) la dialéctica como ejercicio no exclusivo de las ciencias tradicionales, constituyen el reflejo de la formación de profesionales en circunstancias muy concretas.

Estas cuestiones son el resultado de la deficiencia profesional o malformación que se advierte en el desarrollo de la arqueología chilena actual, y es el espejo de lo que es la Universidad hoy en día. Al respecto, ya en los años 80, desde mi cargo en la Universidad de Tarapacá, advertía: “*En nuestro siglo que ya tuerce hacia una nueva etapa, la masificación se apodera de la Universidad y ya no es posible lograr grados más refinados en el desarrollo del conocimiento a nivel de inquietud por parte de nuestros alumnos. Estos, en gran parte persuadidos por maestros y por las necesidades de subsistencia de un mundo cada vez más objetivante y deshumanizado, tiende a resolver problemas inmediatos evitando todo cuestionamiento en lo que accede a las fuentes mismas del conocimiento. Esto a su vez permite una pérdida en los valores integrales del humanismo, un desarrollo excesivo de la tecnología y un énfasis premeditado en el aspecto economicista de los valores humanos. La Universidad pierde su orientación básica, su misticismo, aflorando ímpetus por resolver situaciones de poseer fortuna, de conquistar un estatus feble y muy temporal. En esta situación, los profesores*

son también absorbidos por la creciente demanda de horas-clases, en virtud de una exigencia impuesta por un medio abstracto de leyes y relaciones en un medio ficticio. El resultado parece ser un desarraigo de los verdaderos problemas que debe atender la ciencia, donde esté depositada la Universidad y una separación sistemática entre ciencias y desarrollo profesional” (Rivera 1987a:196).

Mi experiencia, hace ya años, en centros de estudios universitarios de ingeniería en Estados Unidos, han estado vinculada a la formación de ingenieros con sentido humanista en que las ciencias duras efectivamente se abren a una formación más holística en donde la sociedad, para la que están preparándose, es el centro mismo de la profesión. Hago mención a esta situación, que tuvo un atisbo semejante años atrás en la Facultad de Ingeniería de la Universidad de Chile, al parecer no tuvo eco en otros centros de estudios superiores. Es por tanto esta una discusión muy interesante, especialmente en vistas de la situación actual de nuestras Universidades, pues *“en el conjunto, es interesante tener en cuenta la doble visión a veces contradictoria acerca de la Universidad que se nos presenta y que es necesario destacar para no desorientarnos en el verdadero quehacer interno y en su vinculación externa. Sucede que desde afuera, cuando por diversas circunstancias de fuerza mayor uno, que se identifica plenamente con esta vida, obligadamente debe permanecer al margen de su desarrollo directo, es capaz de observar entonces la doble faz por la que se desenvuelve en general la Universidad moderna. Por un lado, su aspecto dinámico y radical, por otro, su aspecto terriblemente conservador, desconfiado y celoso de los cambios. Según la visión venga desde adentro, autonomía, aislamiento, claustro; desde afuera, una reacción a la situación del mundo, a la problemática, a la utilización. Desde la visión interna, se presenta demasiado regida por leyes comprensivas; desde afuera, gobernada por el devenir histórico. Pero es indudable que en uno y otro caso, la Universidad se conecta al mundo, ya sea abiertamente, o por medio de pasajes internos, y que fomenta su propio entorno como base para su comunidad de académicos y estudiantes.”* (Rivera 1987a:197). Hago esta acotación pues es la Universidad la fuente misma de formación profesional que observamos posteriormente en la vida cotidiana, y en donde debemos buscar explicación para la caracterización de la profesional.

Respecto del tema central sobre fronteras autoimpuestas a la arqueología chilena, convengamos que estas pueden, y de hecho son, de carácter ideológico, político, impuestas por el medio social, y en menor grado, metodológicas. La arqueología de nuestros días, sin embargo, es mucho más compleja pues se nos presenta como un puente entre las ciencias, las ciencias sociales y las humanidades. Con justa razón, Zena Kamash (2011) ha enfatizado algunas de las múltiples líneas de investigación que forman parte de la ciencia arqueológica, como por ejemplo la noción de espacio y tiempo que es fundamental en el devenir del desarrollo cultural y que a la vez representa un puente de entrecruzamiento disciplinario. Líneas como la arqueología histórica, los estudios medioambientales y de paisaje que a su vez constituyen un nudo interesante en relación a la arqueología, la biología y el estudio de comunidades. El vínculo de Arte y Ciencia, como lo señala muy bien Ballester, es de indudable importancia, así como desarrollos más recientes en relación a los análisis de manejo de información, todos aspectos que reflejan el vínculo entre Ciencia y Humanidades, comprendida aquí la Arqueología. Y esto porque el puente entre las Ciencias Naturales y las Ciencias Sociales se deben a que contienen ambas conceptos y métodos compartidos.

Creemos por otra parte, que la noción de la Antropología es fundamental en el concepto de Arqueología. Las Ciencias Antropológicas, ciertamente, engloban los análisis arqueológicos, le dan perspectivas y sentido en el intento por develar aspectos del desarrollo y cambio de las sociedades humanas, a través de la idea de proceso y que de manera inclusiva toca también las Ciencias. Por ello, desde mi propia formación profesional considero relevante la aseveración del propio Eric Wolf definiendo Antropología como la más científica de las humanidades y la más humanística de

las ciencias (Wolf 1980). El propio Wolf, a quien tuve el privilegio de haber conocido justamente con ocasión de la inauguración de la Exhibición Mundial sobre los Primeros Homínidos en el Museo de Historia Natural en Nueva York en 1986, por invitación del Dr. Craig Morris, entonces Vicepresidente de Investigación del AMNH-NY, defendía la postura de una antropología con aun su enfoque de cuatro campos específicos (antropología socio-cultural, antropología física, arqueología y lingüística) en donde el resultado de su eclecticismo continua asombrando por su tan diversa y colorida actividad (Wolf 1980). Las nuevas investigaciones sobre género en diferentes culturas o aun el rol de la mujer en las sociedades pretéritas y la alteración que está sufriendo nuestra concepción acerca del rol del hombre, o bien los nuevos usos de la ecología y etnografía y los métodos cuantitativos para construir nuevos modelos del pasado. De la misma forma, también podríamos mencionar los estudios acerca del almacenaje de productos económicamente significativos para la sociedad humana, dieta y actividades de festividades ceremoniales y agasajos en lo que resulta como Arqueología del Festín. Pero todas estas nuevas aproximaciones surgen como medios para el estudio más importante de la sociedad humana, por ende no deben ser consideradas barreras para el estudio, por el contrario, abren puertas a nuevas ideas e hipótesis de trabajo.

En esta misma línea, el aporte de Joyce Marcus y Kent Flannery respecto de una nueva línea de investigación para la arqueología, aquella bautizada como Arqueología Cognitiva, resalta como de proyección incalculable hacia campos aun poco conocidos (Flannery y Marcus 1996; Marcus y Flannery 1994; Abramiuk 2012). Estudiando la información etnohistórica del ritual Zapoteca y sus creencias para luego proceder a estudiar correspondencias entre lo que informan los hechos etnohistóricos con aquello que puede ser demostrado materialmente en el registro arqueológico. A través del método histórico directo, la información etnohistórica, como punto de partida, sirve para inferir las creencias Zapotecas antiguas y que creencias tienen en común los antiguos Zapotecos con los modernos. Es así como Marcus y Flannery proponen aproximarse a lo que podría constituirse como la visión del mundo Zapoteca.

Es que, al igual que Wolf advirtiera para los países desarrollados en los 70, nos encontramos con una actividad antropológica, y con ella también la arqueológica, que hace su tránsito de una actividad más bien vocacional a una más profesional y con ello, una complejidad más extrema. Lamentablemente, la situación actual de nuestra arqueología no deja de ser un escucharse a sí mismo tal como se advierte en las presentaciones a los congresos donde se predica acerca de las grandes realizaciones en lugar de proponer caminos para el desarrollo de la profesión.

En 1987, cuando escribí la nota sobre mis comentarios acerca de las llamadas fronteras de la Arqueología (Rivera 1987b) hice referencia a Kent Flannery y su artículo *The Golden Marshalltown* (Flannery 1982). En ese entonces la referencia que preconizaba los lectores acudieran a la fuente para leerla no tuvo éxito. Ahora, incurro en la misma referencia porque considero no ha perdido actualidad, contrariamente, tiene más vigencia que nunca y espero que, con profesionales cada vez más ilustrados y educados en otros idiomas, puedan ahora leerlo, pues refleja una situación común en nuestras profesiones, y en especial la Arqueología. Debo, además, confesar que después de todos estos años, me siento plenamente interpretado por el artículo de Flannery. Y aun mas, pienso que todavía debemos recorrer un espacio aun mayor, saliendo de la academia para incorporarnos, responsablemente, en participar en la práctica de políticas públicas, salud, educación y servicio social que tanto necesita nuestro país, es decir, darle un destino práctico a nuestra profesión.